

Memoria e historia en *La casa de los conejos* de Laura Alcoba

Norma Bruzzese*

“Las cosas recordadas están intrínsecamente asociadas a lugares”

“El testimonio constituye la estructura fundamental de transición entre la memoria y la historia” Ricoeur (2008:41)

“Te preguntarán, Diana, por qué dejé pasar tanto tiempo sin contar esta historia...”

Así, comienza la novela y esta pregunta, en realidad, manifiesta el propósito de decir, el objetivo de contar, contarnos / contarle a Diana en un nivel de confesión que “...si al fin hago este esfuerzo de memoria para hablar de la Argentina de los Montoneros, de la dictadura y del terror, desde la altura de la niña que fui, no es tanto por recordar como por ver si consigo, al cabo, de una vez, olvidar un poco.” (2009:12)

En el personaje de Laura aparece el concepto de “anamnesis” de Ricoeur: el recuerdo “como objeto de búsqueda, de una rememoración o recolección” porque consiste en una búsqueda activa, ya que tiene una finalidad determinada.

La historia se sitúa en La Plata en 1975 y comienza con la mudanza de Laura y su familia. Deben cambiar de lugar para no ser reconocidos, para pasar desapercibidos. Esta niña “quiere lo común”, lo cotidiano: recuerda que su deseo era el de una casa con tejas rojas y una mamá rutinaria; no obstante, comprendió que esa mudanza tenía que ver con el silencio, con el no poder hablar, con desaparecer; por eso, aparece la necesidad de decir aquello que durante tanto tiempo y, sobre todo, durante su niñez debió ser silenciado. Necesita, porque se le hizo imperioso, decir ahora lo que tuvo que vivir y callar durante su infancia.

Es ahora la voz que habla y el lenguaje cumple esa función. Se recuerda, se dice lo que sucedía y lo que vivió situándose en ese tiempo y recordándolo desde el presente.

Dice Dominick LaCapra: “Cuando el lenguaje se hace accesible a la evocación de la memoria y cuando el lenguaje funciona aportando cierto grado de control consciente, distancia crítica y perspectiva, se ha iniciado el arduo proceso de elaboración del trauma” y agrega que “tales procesos son necesarios para dejar los fantasmas, distanciarnos de los aparecidos que nos asedian y reavivar el interés por la vida...” (LaCapra, 2005:108)

No sólo era no decir, también era pasar desapercibida, no ser vista; incluso para poder ver a su madre debía taparse con frazadas cuando viajaba dentro del auto de sus abuelos. También su madre debió recurrir al disfraz para parecer otra y evitar el reconocimiento, ya que su foto había aparecido en el diario “El Día”.

Sin embargo, la observación recae sobre ellos. En la plaza, hay “una señora que teje” dentro de un auto frente a la casa de sus abuelos. Teje y espera. Teje y vigila: controla. Ella sí puede ver, puede mirar, puede observar, puede estar tranquilamente y decir; en cambio, Laura no sólo tendrá que cubrir su rostro, sino también ocultar su nombre, callar su identidad. Deberá cambiarla. La heroicidad del sobreviviente pasaba por el silencio y el camuflaje. La fuerza radicaba en saber callar incluso frente a la tortura. El negarse y ser otro para el resto de la sociedad y sólo mostrarse “uno” para los pocos habitantes dentro de la casa.

*La autora es Profesora en Letras y Licenciada en Letras por la UBA. Maestranda en Lenguas extranjeras y literaturas comparadas (UBA).

En la casa vivían Cacho, el marido de Diana, Diana, la madre de Laura y Laura. Parecía una familia, por lo tanto, la casa estaba libre de sospecha. Allí se había construido el “embute”: galpón que se acondicionó para dar albergue a centenares de conejos; en realidad, este lugar ocultaba la principal actividad: la imprenta montonera. El albergue era el embute y esto era lo que permitía la entrada y salida de las furgonetas con la prensa de “Evita Montonera”.

Dos lugares: dos obras: el galpón que albergaba los conejos y la imprenta montonera. El galpón ocultaba la imprenta clandestina.

Dos historias: la oficial, la que se decía, y la otra, la de ellos viviendo en la sombra de la clandestinidad y disimulando la vida. La consigna era mostrar lo obvio para estar a salvo. Mostrar una familia con una nena y la cría de conejos.

La construcción era precisa y es el Ingeniero el que dice: “El embute estará mejor guardado si los medios para ponerlo en funcionamiento, el mecanismo de apertura, digo, quedan a la vista de cualquiera.” (Alcoba, 2009:56)

Confesó que la idea se le había ocurrido después de leer un cuento de Edgar Allan Poe, “La carta robada” por ser excesivamente obvio. Se muestra lo obvio para estar a salvo, para ocultar(se). La evidencia excesiva esconde, no delata. Es el mismo Ingeniero quien le dice que Poe es “el maestro de la palabra”. Paradójicamente, ella no puede decir: no puede hablar.

En la distancia y con el fin de dar testimonio a partir de la escritura y, en posición de testigo, de ese que estuvo ahí y que, por eso, puede decir, Laura repiensa hoy, el concepto de la palabra “embute” y no logra una traducción fiel con respecto a la significación que ellos le daban. Pone en acto, recupera en su memoria, revisa el término tanta veces dicho y escuchado en sus momentos vividos en la casa de los conejos y, advierte que nunca más volvió a escuchar esa palabra en ningún otro contexto.

Necesita reconstruir fragmentos, recupera recuerdos y consulta el diccionario. Investiga en la RAE y en Internet para encontrar el significado de uso correcto que guardaba en su memoria. Sin embargo, la RAE le contesta que se relaciona con el verbo “embutir”, pero ella lo recuerda como sustantivo: la importancia de ese signo no lo puede recuperar en este presente.

El lenguaje funciona como elemento de recuperación, pero también de pérdida. Antes, el silencio y la imposibilidad de decir en lo cotidiano, en el lugar de todos los días. La presencia permanente del miedo y el silencio y la obligación de callar y de ocultar, inclusive, el exceso que significaba el “embute”, dado que encubría, a su vez, las palabras de la prensa montonera. Ahora, en este momento, la pérdida de ese exceso, ya que no logra la traducción exacta del término porque no existe en este presente. Término lingüístico que se recupera para desaparecer. ¿Cómo resignificarlo, hoy? Pienso en la significación del Desaparecido y recuerdo cuando Jenkins dice que la figura del desaparecido es también un nombre y que la falta de identificación le permitió el pasaje del adjetivo a ese nombre. Además, agrega que en el Desaparecido ni siquiera la muerte alcanza para morir.

“El testigo es pues aquel personaje insalubre que rompe el silencio, es decir, que no sólo ha sobrevivido al exterminio físico, sino también al exterminio de la palabra. Lo perdido puede no encontrar palabras, pero la palabra del testigo es afirmación de esa pérdida. A lo que se agrega que el discurso del testigo testimonia la eliminación de aquella palabra y, por añadidura, ese testimonio pone límites al ejercicio de decir cualquier cosa.” (Jenkins, 2011:106)

“Embute”: palabra que carece, hoy, de “existencia lingüística reconocida”. Aparece entonces en la memoria de Laura que se hace presente y consciente de la pérdida. Testigo que recuerda hechos históricos con determinados usos lingüísticos en contextos particulares y que hoy, al buscar académicamente y en distintos registros, no lo encuentra. Sufre la pérdida. Para LaCapra, la pérdida tiene que ver con el nivel histórico (a diferencia de la ausencia que toma lugar en lo transhistórico) porque el pasado histórico es el escenario de pérdidas que pueden narrarse, por eso, la posibilidad de configuración y reactivación en el presente y en el futuro es concebible; sin embargo, Laura advierte que esa palabra tuvo un papel importante en ese período histórico para el Movimiento Revolucionario y que, hoy, está “visiblemente desaparecida”. A partir del significado que le ofrece el diccionario, ella no puede reconocer la imagen que le proporciona el recuerdo. No hay representación: no puede mostrar/se lo que está ausente en este presente en la ausencia signica. El “re” del término “representación” no es repetitivo, sino intensivo. La representación es una presentación destinada a una mirada determinada.

Así como no se puede decir, tampoco se puede mostrar ni mostrarse. No pueden quedar rastros, fotos ni huellas de ellos. No puede quedar manifestación, exposición ni retratos que tengan relación con la casa de los conejos, por eso, el Ingeniero le quita violentamente la cámara fotográfica con la que Laura estaba jugando y con la que supuestamente le había sacado una foto a él.

El ser visto era peligroso porque era ser reconocido, pero también era peligroso el ver. Volver a ver al padre representaba un peligro y una exposición. En el momento del abrazo con su padre en la cárcel, la embarga el miedo y la náusea que funciona como el estado límite al ver ante sí el agujero del revólver del policía cerca de su sien.

Laura debió exiliarse siendo niña. Cuando regresa a la Argentina, vuelve a La Plata y a la casa de los conejos. Busca el lugar en su recuerdo. En términos de Bergson, “devenir-imagen del recuerdo”. Volvemos a aprehender ese pasado en el reconocimiento en este presente porque es la supervivencia de la imagen. Ricoeur dice que reconocer un recuerdo es reencontrarlo y, si lo reencontramos, es porque está disponible en espera de rememoración. Reconocer incumbe al estado de latencia y, para Ricoeur, este estado es desde su aparición el propio pasado. Tiene relación con la noción de huella: la inscripción, en el sentido psíquico del término que implica la supervivencia de la imagen mnemónica contemporánea de la experiencia originaria.

Pero Laura no puede decir la muerte y la destrucción cuando ve la casa de los conejos en su regreso a La Plata. Dice: “Todo muestra que el ataque fue de una violencia inaudita. No existen palabras para la emoción que me invadió cuando descubrí, en cada cosa recordada, las marcas de la muerte y la destrucción.”

La casa de los conejos será un espacio de recordación. Un lugar para la memoria. Un lugar marcado en nuestro presente. Un lugar para la conmemoración, para dar presencia a lo que no es del orden de la presencia y que necesitamos objetificar porque inscripto en estos lugares, hace nuestra historia.

Bibliografía

- Alcoba, Laura, (2009), *La casa de los conejos*, Bs.As., Edhasa.
- Jenkins, Jorge, (2011), *Violencias de la memoria*, Bs.As., Edhasa.
- LaCapra, Dominick, (2005), *Escribir la historia, escribir el trauma*, Bs.As., Nueva Visión.
- Nancy, Jean-Luc, (2006), *La representación prohibida. Seguido de la Shoa, un soplo*, Bs.As., Amorrortu.
- Ricoeur, Paul, 2008 (2004), *La memoria, la historia, el olvido*, Bs.As., FCE.